

impuso al emperador el tratado de Hué, en donde se confirmaba el protectorado de Francia sobre el Tonkin y Annam; se incorporaba la provincia de Thuan á la Cochinchina, y estipulábase, además, que los franceses ocuparan los fuertes de Thuan-An y la línea de Nung-Qhiona, que las tropas annamitas se retirasen del Tonkin, que los puertos de Xuanday y de Turana se abriesen al comercio europeo, y que la administración de las aduanas annamitas se confiase á Francia. Habría sido fácil, en aquellos momentos, atemorizar á China y traerla á ideas de paz, sin más que operar en sus costas una demostración naval; pero el gobierno francés, no atreviéndose á afrontar las consecuencias de una conducta demasiado belicosa, condenó á la escuadra de Courbet á recorrer inútilmente las costas del Tonkin y Annam, mientras en París se continuaban las negociaciones y en el Tonkin se proseguía la lucha contra los Pabellones Negros, los chinos y hasta los annamitas, llamados á Hué en virtud del tratado de veinticinco de Agosto, más retenidos en el Tonkin por los mandarines. La toma de Hai-Dzung, el quince de Agosto, no compensó el fracaso que el general Bonet sufrió el mismo día delante de Su-Tay.

Juzgandó sus tropas insuficientes, el general citado se estableció en Palan, en la confluencia de los ríos Day y Rojo, pensando permanecer quieto hasta la llegada de los refuerzos que esperaba. El disentimiento que existía entre el general, el almirante Courbet y el comisario civil debilitaba la situación de los franceses. Durante el mes de Octubre, nada se intentó contra las tropas regulares chinas que ocupaban las dos plazas de Son-Tay y de Bac-Ninh. Mientras tanto, seguían, como hemos dicho, las negociaciones en París é iban pronto á entablarse obras en Pekín, entre Patenotre, nombrado representante de Francia en China, y el gobierno de este país. En el mes de Noviembre, se registraron en el Tonkin algunas operaciones poco importantes; mas, á mediados de Diciembre, el almirante Courbet, que se había puesto al frente de las tropas de tierra, arrebató al enemigo los fuertes de Phu-Sa y la plaza de Son-Tay. El almirante dió cuenta de estos hechos de armas en los siguientes términos: «Phu-Sa y Son-Tay ocuparán un lugar entre nuestros recuerdos gloriosos. El cuerpo expedicionario del Tonkin, compuesto de elementos diversos, pero animados del mismo espíritu, ha realizado prodigios de valor.... Francia debe estar orgullosa de sus hijos. El honor de sus armas no podría haberse confiado á soldados más valientes». El doce de Marzo de mil ochocientos ochenta y cuatro, los franceses tomaron por asalto á Bac-Ninh; el diez de Abril, arrojaron de Hong-Hoa á los chinos, y el primero de Junio, ocuparon á Tuyen-Quan sobre el río Claro. Habíanse entablado, en el entretanto, negociaciones entre el célebre Li-Hung-Chang, á la sazón virrey de Pe-tchi-li, y el capitán de fragata Fournier, que condujeron al tratado de once de Mayo, por el cual China se comprometía á retirar del Tonkin todas sus tropas, á respetar las convenciones celebradas entre Francia y la corte de Hué y á conceder á la República ventajas mercantiles. El seis de Junio, Patenotre concluía otro

tratado con el Annam, completando y modificando el de Hué de mil ochocientos ochenta y tres, y el diez y siete del mismo mes, aceptaba el Cambodje el protectorado de Francia.

Los chinos debían comenzar á evacuar el Tonkin el veinte de Junio; pero este día mismo, una columna francesa, mandada por el coronel Dugenne, á quien se había encargado ocupar á Lang-Son, en cumplimiento de lo convenido, fué sorprendida por tropas chinas en Bac-Lé. El combate duró dos días, y Dugenne, temiendo ser envuelto, dispuso la retirada. Los franceses resolvieron atacar á China en su propio territorio, y Courbei, en los días veintitrés al veintinueve de Agosto, bombardeó á Fu-tcheu, echó á pique veintidós navios chinos, con dos mil hombres de dotación, y destruyó á cañonazos el famoso arsenal y los fuertes que lo protegían. En el mes de Octubre, se apoderó de Kelung, en la isla de Formosa, y sitió á Tamsui; el trece de Enero de mil ochocientos ochenta y cinco, hizo saltar con torpedos cinco buques de guerra, que salían del río Azul, y á poco, obtuvo autorización de su gobierno para ocupar las islas de los Pescadores y establecer en Pe-tchi-li el bloqueo del arroz. Al mismo tiempo, en el Tonkin, Briere de l'Isle arrojaba á los chinos de Kep y Chu, y obtenía otros triunfos. Siguiendo sus instrucciones, Negrier batió á los chinos en Nui-Bop, el tres de Enero de mil ochocientos ochenta y cinco, entró á viva fuerza en Lang-Son; atravesó la frontera del imperio, y ocupó en pleno territorio chino las alturas de Dong-Dang. En Bang-Bo, sin embargo, fuerzas enemigas, cuya superioridad numérica era abrumadora, le obligaron á replegarse; todavía quedó vencedor en Ky-Lung, el veintiocho de Marzo; pero, habiendo sido herido en el combate, tuvo que ceder el mando al teniente coronel Herbinger, el cual, no obstante haber retrocedido los chinos á considerable distancia, mandó la retirada y la verificó en desorden, tirando al Long-ki-kong los cañones y el tesoro del ejército.

El audaz movimiento de avance operado por Negrier, la hermosa defensa de Tuyen-Quan, salvado por Briere de l'Isle el tres de Marzo y, sobre todo, el bloqueo del arroz por el almirante Courbet, no permitieron á los chinos forjarse ilusiones; de manera que, el treinta de Marzo de mil ochocientos ochenta y cinco, Ferry andaba en tratos y negociaciones, que debían conducir á la paz. En estos momentos, precisamente, una coalición parlamentaria, dirigida por Clemenceau, le derribó del poder. Estuvo en un tris que Francia no abandonase el Tonkin; mas si así no lo hizo, reveló claramente su voluntad de no seguir adelante, al menos por entonces, volviendo á dominarla la idea del desquite. «Pensemos siempre en esto, pero no hablemos nunca de ello», había dicho Gambetta. Lejos de esto, algunos ambiciosos, que acaso en el fondo se curaban poco de vengar el desastre de mil ochocientos setenta, hablaron tanto, tan alto y con tan poca discreción, que Alemania se sintió ofendida é irritada. La propaganda imprudente de la *Liga de los patriotas*, las excitaciones de la prensa y la increíble popularidad adquirida en algunos meses por un general sin gloria que, elevado al ministerio de la Guerra, parecía no pro-

ponerse otra cosa que explotar el sentimiento público con un charlatanismo desvergonzado para usurpar el poder supremo, recrudecieron el odio germánico contra Francia. El emperador Guillermo se dirigió al gobierno de la República, empleando un lenguaje altanero y muy agrio. La tirantez de relaciones entre los dos países se prolongó hasta mil ochocientos noventa, y repetidas veces, incidentes muy molestos para el orgullo francés, como los de Pagni-Sur-Moselle y de Vexacincourt, ocurridos en la frontera, hicieron creer en la inminencia de la guerra.

La dimisión del gabinete Gladstone, en mil ochocientos ochenta y cinco, fué otra causa de intranquilidad para Europa. El partido liberal recobró el poder al año siguiente; pero muy pronto tuvo que cederlo otra vez á los conservadores. Debiéronse estos cambios de ministerio casi exclusivamente á la cuestión irlandesa, que en el período que historiamos entró en una nueva fase, ejerciendo influencia preponderante en la política de la Gran Bretaña y modificando profundamente la manera de ser de los partidos. Merece, dada su importancia, que no la pasemos por alto.

Los irlandeses estaban representados en el parlamento por nacionalistas; carecían, sin embargo, de diputados influyentes. La Gran Bretaña no paraba apenas mientes en la situación de la isla sometida, cuando, como sabemos, la audacia de los revolucionarios fenianos la sacó bruscamente de su olvido, de mil ochocientos sesenta y cinco á mil ochocientos sesenta y siete. El partido feniano, diezmado por las ejecuciones, no existía ya en mil ochocientos setenta, sino bajo la forma de sociedades secretas, en Dublín y otras ciudades; tenía su centro en los Estados Unidos, y persiguiendo establecer una república por medio de la fuerza, interesábase poco en la acción parlamentaria. La condición de la gran masa de campesinos católicos apenas había variado. El suelo pertenecía á ingleses protestantes, que estaban ausentes por regla general; representábanlos sus administradores ó agentes; no se curaban de mejorar la tierra, sino sólo de obtener de ella el beneficio de la renta que pagaban los agricultores, arrendándola en pequeños lotes. Una familia irlandesa podía permanecer por espacio de muchas generaciones cultivando el mismo terreno, si tenía contento al *land-lord* ó á su agente; pero su suerte estaba siempre á merced del propietario, que era dueño de expulsarla, cuando quisiera, de la tierra que había regado con su sudor. En los años de malas cosechas, que en Irlanda son frecuentes, estos lanzamientos se verificaban á centenares, por no poder pagar sus rentas los campesinos. El odio de éstos á los *land-lords*, avivado por la diferencia de religión, era muy violento; sociedades secretas lo fomentaban, y los nuevos poseedores del suelo se vengaban de sus opresores haciendo destrozos en sus propiedades, pegando fuego á sus casas y hasta recurriendo al asesinato. La situación de los terratenientes era mejor en la parte Noroeste de la isla, en el Ulster, colonizado por ingleses y escoceses. Aquí los arrendatarios son protestantes y adictos á la dominación británica ú *orangista*, y no

pueden ser lanzados del suelo que cultivan sino mediante una indemnización y el abono de las mejoras realizadas por ellos. Por el *Land Act* de mil ochocientos setenta, estas disposiciones se declararon aplicables en toda la isla; pero Gladstone no hizo obligatorio su cumplimiento: podían celebrarse contratos fuera de la ley, y los *land-lords* se aprovechaban de esta libertad para privar á los arrendatarios de los beneficios de aquélla. Las reformas irlandesas de mil ochocientos setenta, obedeciendo al temor que inspiraban los fenianos, iban acompañadas de medidas coercitivas, de carácter excepcional, cuyo objeto era reprimir los actos de rebelión. Este régimen se mantuvo aún después de estar disperso el fenianismo. Los diputados nacionalistas protestaban, mas sus quejas se perdían en el vacío: los ingleses se burlaban de su traje, de su acento, de sus maneras, y decían de ellos, en son de mofa, que no había dos bastante amigos para tenderse la mano. Además, el partido irlandés carecía de programa definido, pidiendo los más avanzados el *Home rule*, es decir, la autonomía ó gobierno propio.

El *Home rule* no fijó la atención de los políticos ingleses sino merced á los esfuerzos de Parnell. Pertenecía éste á una familia de *land-lords* protestantes é ingleses, que profesaban, sin embargo, ideas nacionalistas. Su abuelo, diputado en el parlamento de Dublín y ministro de Hacienda, no quiso votar el acta de unión de mil setecientos noventa y ocho, y en mil ochocientos siete la policía invadió y registró la casa de su madre, por sospechar que se ocultaban en ella conspiradores fenianos. Parnell tomó asiento en la Cámara de los Comunes en mil ochocientos setenta y cinco, entre los *home-rulers*. Frio, correcto y ceremonioso, Parnell se hizo respetar del parlamento, y con sus cualidades de táctico convirtió en una fuerza al partido nacionalista. Su plan, primeramente, consistió en no aliarse ni á los conservadores ni á los liberales, sino en no dejar gobernar á unos ni á otros mientras no diesen oídos á las reivindicaciones irlandesas, utilizando, para conseguir su propósito, el procedimiento de la obstrucción, medio sumamente fácil de practicar en la Cámara inglesa y muy usado en ella desde antiguo. Allí, en efecto, había la regla de no declarar cerradas las discusiones mientras hubiera un diputado que quisiera hablar; además, en las votaciones, cualquier individuo de la Cámara podía pedir la *división*, es decir, que los diputados que pensasen de un modo saliesen por una puerta y los que pensasen de modo diferente por otra, para volver á entrar cada grupo por la parte opuesta: en el intervalo, los escrutadores recogían los votos en el corredor, en lo que se perdía mucho tiempo. «Los discursos, decía Parnell, no sirven para nada; no venceremos con palabras. Es preciso demostrar á esos señores que, si no hacen lo que necesitamos, no podrán hacer ninguna otra cosa». Y firme en esta idea, desplegó su táctica obstruccionista desde mil ochocientos setenta y siete. Sólo siete diputados nacionalistas le ayudaban; los restantes eran contrarios al obstruccionismo, y But, el jefe del partido, acusaba de revolucionario á Parnell. En los tres últimos años de ministerio

conservador, los obstruccionistas tuvieron en constante jaque al parlamento: cuando se discutió la anexión del Transvaal, obligaron á la Cámara á celebrar tres sesiones de noche; pedían la palabra en toda ocasión; leían y comentaban línea por línea el texto de las publicaciones oficiales, y reclamaban la *división* en todas las votaciones. La Cámara, exasperada, había resuelto conferir á su presidente el derecho de proponer la expulsión de cualquier miembro convicto «de obstruir voluntariamente y con persistencia los asuntos públicos».

Fuera del parlamento, Parnell buscó el concurso de los fenianos y el apoyo de los campesinos irlandeses. Muchos de los primeros, condenados á presidio, habían sido puestos en libertad condicionalmente: Parnell se sirvió de ellos para entrar en relaciones con el partido. El más activo de todos, un tal Miguel Davitt, fué á América y, por su mediación, casi todos los fenianos decidieron aliarse con los parlamentarios, á lo que antes se negaran obstinadamente. Se convino en que los diputados se declararan francamente autonomistas y partidarios de una reforma agraria, capaz de ir transformando á los campesinos en propietarios; que renunciasen á sus reclamaciones en materia religiosa; que combatieran las medidas coercitivas, y que defendiesen la causa de las naciones oprimidas en el imperio británico y fuera de él. Mediante estas condiciones, los fenianos se comprometieron á secundar la acción parlamentaria. Sólo una minoría, en América, y el grupo feniano residente en París se mantuvieron constantemente fieles al principio de «la fuerza física». Para atraerse á los campesinos irlandeses, Davitt y Parnell emprendieron una campaña muy activa. La cosecha había sido escasísima en Irlanda en mil ochocientos setenta y nueve; el hambre dejábase sentir, y los lanzamientos, por falta de pago, eran numerosos. Davitt y Parnell propusieron entonces á los campesinos un programa, que se resumía en los tres puntos siguientes: primero, seguridad en el arrendamiento, es decir, derecho del campesino á conservar su lote, pagando la renta; segundo, libertad de ceder el terreno á otro colono, con la reserva de abonar su renta al propietario; tercero, renta equitativa. Tratábase, en suma, de garantizar á los agricultores la posesión del suelo, mediante el abono de un canon. Este programa fué el de la *Liga agraria* (*Land league*), fundada en el condado de Mayo y transformada en seguida en *National land league*, bajo la presidencia de Parnell. La Liga carecía de bandera política, siendo su fin exclusivo la defensa colectiva de los agricultores contra los *landlords*.

Se acercaban elecciones generales, y Parnell hizo un viaje á América para recoger fondos. El presidente de los Estados Unidos le recibió perfectamente, y el senado de Washington le invitó á hablar en el salón de sesiones. Parnell trajo de América setenta y dos mil libras esterlinas; la Liga, mientras tanto, no había reunido más que dos mil. En las elecciones, resultaron triunfantes sesenta y ocho *home rulers*, que proclamaron jefe á Parnell. En tres años, había éste impreso unidad de dirección á todas las fuerzas

irlandesas. Los fenianos de América daban el dinero; los campesinos de Irlanda, los votos; los diputados formaban una agrupación especial, que tenía un jefe reconocido. Gladstone, al subir al poder en mil ochocientos ochenta, pareció dispuesto á completar las reformas que había planteado en Irlanda durante su anterior ministerio, consiguiendo que la Cámara de los Comunes votase un proyecto de ley, en cuya virtud debía aplicarse más estrictamente el *Land act* de mil ochocientos setenta y concederse una indemnización á los colonos expulsados de sus tierras en mil ochocientos setenta y nueve: la Cámara de los lores desechó este proyecto. Los *home rulers* lo habían reputado insuficiente, por no dar el suelo á los campesinos, y la Liga agraria había iniciado una vigorosa campaña contra los lanzamientos. «Si alguno, decía Parnell en una reunión celebrada el diez y nueve de Septiembre de mil ochocientos ochenta, arrienda una propiedad de que otro haya sido desahuciado, apartaos de él donde lo encontréis, en el camino, en las calles de la ciudad, en la tienda del comerciante, en la feria, en el mercado, hasta en la casa de Dios. Aislándolo severamente, como antes á los leprosos, le demostraréis el horror que os inspira por el crimen que ha cometido. Si los habitantes de un condado de Irlanda aplican este sistema, lograréis que no haya nadie bastante loco de avaricia, bastante falto de honor, para desafiar la opinión pública de todos los hombres justos del país y para pisotear vuestro código de leyes morales.» Esta especie de excomunión social se aplicó al capitán Boycott, agente de un *landlord*, y generalizóse, en seguida, bajo el nombre de *boycottage*. Los crímenes agrarios se multiplicaron.

El gabinete liberal se puso enfrente de los nacionalistas, mandando detener al secretario de Parnell, por complicidad en un asesinato, y al mismo Parnell y á cuatro diputados más, por su participación en la Liga agraria: todos fueron absueltos por los tribunales. Entonces el gobierno propuso á las Cámaras dos medidas de carácter excepcional, dirigidas contra Irlanda: una, suspendiendo el *habeas corpus*; otra, autorizando á la policía para practicar pesquisas en busca de armas. Los nacionalistas recurrieron al obstruccionismo, para impedir la aprobación de estas leyes. Después de una sesión de cuarenta y una horas (desde un lunes á las cuatro y media de la tarde hasta un miércoles á las nueve y media de la mañana), el presidente asumió la responsabilidad de cerrar por sí la discusión, manifestando que no concedería á nadie más la palabra. Los irlandeses abandonaron el salón de sesiones: la Cámara, por su parte, decidióse á hacer un reglamento provisional, y declaró que el procedimiento inaugurado por el *speaker* sería legítimo en caso de urgencia. Habiendo protestado de este acuerdo Parnell y los treinta y cinco irlandeses, en nombre de los privilegios de la representación, fueron expulsados uno á uno, en Enero de mil ochocientos ochenta y uno. Al año siguiente, Gladstone pidió que se reconociese á la presidencia con carácter definitivo el derecho de clausura; pero no pudo obtener un voto favorable sino planteando la cuestión de confianza, y aun así, la Cámara